

HOMO MIGRANS

Me acuerdo de aquel año, no me importa cuál, en el que a Oarso se le ocurrió tratar el de la inmigración como tema preferente o casi como monotema. Me acuerdo ahora, con especial ritornelo, ciclos que vuelven, fases que se suceden, preocupaciones que resucitan, cuando oigo hablar de las pateras del Estrecho, de lupanares varios abastecidos por carne inmigrante con preferencia, cuando los estallidos sociales por causas varias (bien sea por cuestiones laborales, difíciles convivencias, etc.). En medio de todo ello está aquella definición del hombre que Alcuino de York, sabio *grammaticus* en la corte franca, le soltó a Pipino, hijo de Carlomagno, “¿qué es el hombre? El esclavo de la muerte, el huésped de un terruño, un peregrino que pasa”.

Pudiera hablarse, in extenso, de los problemas inherentes a la migración. Y de sus consecuencias. Hay quien alerta de peligros culturales más que de materiales tanto ante emigrados como ante inmigrados. La maleta del emigrante nunca va vacía aunque no lleve maleta, aunque sobre la arena muestre su cuerpo desnudo y, en el definitivo vómito haya arrojado su bilis y haya vaciado sus entrañas. No por ser expelido desnudo desde las entrañas de la ballena dejó de predicar Jonás en Nínive. A todos nos rebrotan, de entre las meninges, de entre la pelam-

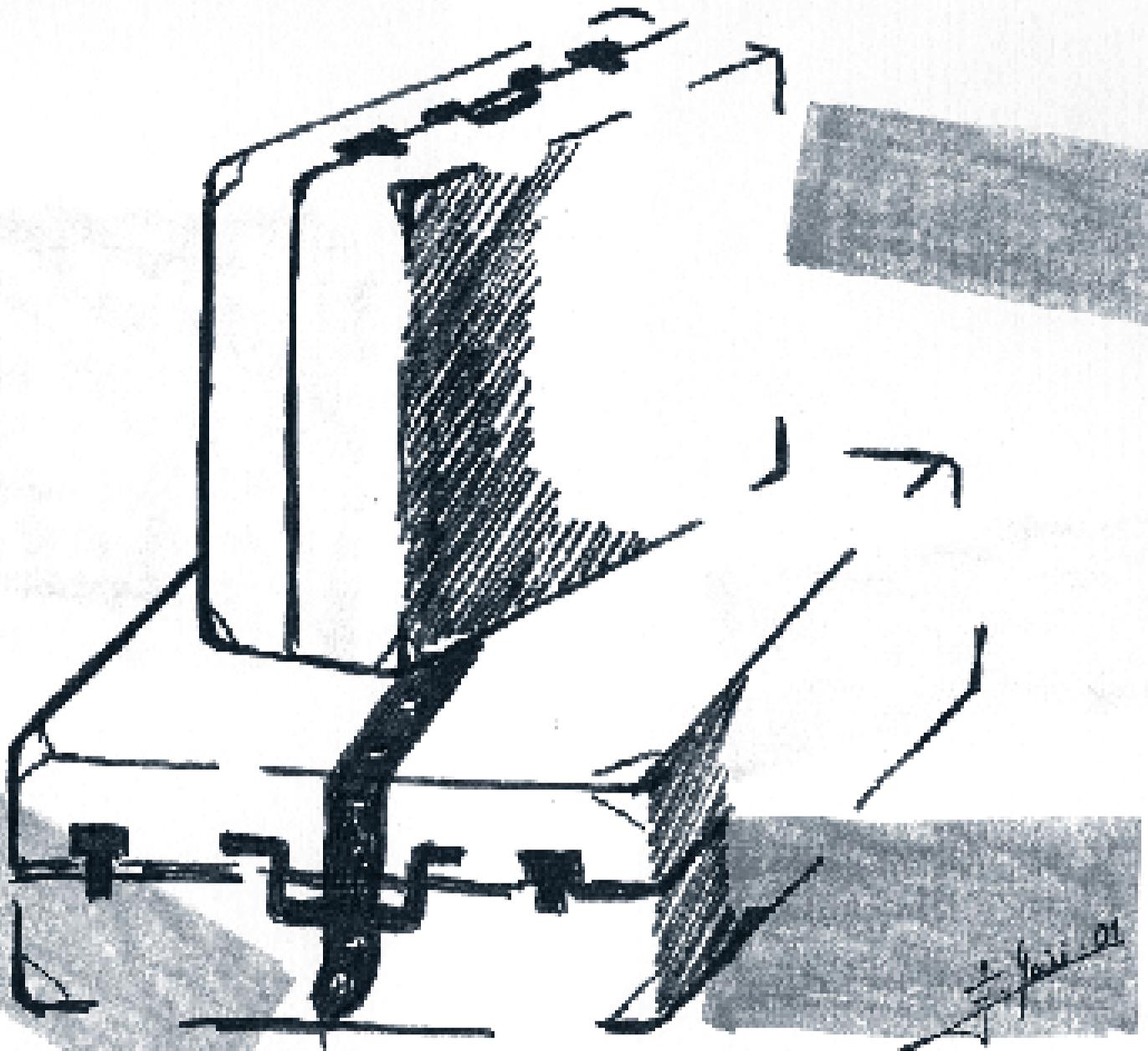
brera pegada a las sienes, los zumos mamados. Eso es lo que pasa.

Si se mira hacia la Historia se puede dar cuenta uno de qué manera han cambiado las maneras de producirse los fenómenos migratorios. Permanece, como constante, esa fuerza de las masas hacia un nomadismo obligado. Surgen, así, las distintas clases de movimientos humanos, como si en el fondo de la Humanidad siguiera latiendo, siempre vivo, aquel consejo de Jehová a Abraham: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Gén, 12,1), palabras que están en el fondo de todos los movimientos migratorios, en los movimientos de conquista como en los de huida, Abraham hacia las tierras de Canaán o Moisés hacia la vega de Jericó, ciudad de las palmas, a la que no llegará como Jehová lo tiene mandado, movimientos de conquista como los de los imperialistas romanos, los imperialistas de Atila, los pueblos godos, las distintas invasiones árabes, imposible no darse cuenta de que toda la tierra es tierra de conquista y de invasión, tierra de fuga al mismo tiempo pues que se huye de las hambrunas, la metodología nómada del hombre es la del animal que ramonea las hierbas mientras risca por los prados que eso es, en esencia, el *panem et circenses* jocundo, el *homo ludens* y el *homo faber* conformando el triángulo unitario del

homo sapiens que la trinidad humana se conforma y se conforta de este modo, tres aspectos de una misma identidad, tres personas en un mismo hombre verdadero.

Cuando leo en la prensa el eco luctuoso de la epopeya migratoria, -cadáveres de suerte alucinante sobre playas que hablan de naufragios malditos, tragedias de desheredados de la fortuna cuyos cadáveres ensalados por la marea e hinchados como globos hidratados putrescen sobre la arena, aventuras de Ulises o de Eneas que no encontraron sin embargo ni a Homeros ni a Virgilio comparables, las mil maneras de muerte que en su imaginación horrenda

es capaz de inventar el género del nomadismo- no puedo por menos de imaginarme la amplia extensión de esta corriente transitoria por el mundo. Y, si acaso, las hambres y los fríos, vacíos los estómagos y carnes y espíritus ateridos son el mayor acicate para estos traslados, y no hay más que mirarse en el espejo de las aves del cielo que trazan su ángulo de ataque volador bajo los cielos, los motivos de la marcha, sin embargo, son variadísimos, aunque bien examinadas esas razones para el nomadismo, lo que late en el fondo es siempre el hambre, hambre de andorga, hambre de intelecto, hambre de curiosidad, hambre de aventuras, hambre de esa constante secesión del ánima humana que se aburre si no se le



presta el alimento de la imaginación. Con el rigor y la profundidad que le caracterizan, el búlgaro Elías Canetti escribió con autoridad y con hallazgos rotundos, de esos movimientos de masas, que antes de su enumeración nos habló de sus propiedades, de que la masa siempre quiere crecer, de que en el interior de la masa reina igualdad, de que la masa ama la densidad, de que la masa necesita una dirección, etc, etc, y que en su enumeración llega al inevitable punto de las masas de fuga que empieza él diciendo que se establece por amenaza, y que escribe él que *le es inherente que todo huya, que todo sea arrastrado. El peligro que lo amenaza a uno es el mismo para todos. Se concentra sobre un determinado lugar. No hace diferencias. Puede amenazar a los habitantes de una ciudad, o a todos los que tienen la misma fe, o a todos los que hablan una y la misma lengua*, que, en este punto de la enumeración de los motivos de fuga, Canetti se nos queda muy corto, seguramente porque las perversiones que pueden albergarse en las mentes de los promotores del miedo no son fácilmente entendibles para su mente normal. Escribe de cómo la cohesión en la fuga, el huir juntos, es razón acrecentadora de energía, y es que ve a la masa como una unidad biológica, un ser que fuera como un gran animal amedrentado, la bestia que sale de su amparo y echa a correr atropellando todo lo que encuentra a su paso que es el aspecto más espectacular de la desbandada, de la estampida del ganado, de los bisontes y de los búfalos en las novelas de Zane Grey, la huida para la que Canetti encuentra como modelos a reseñar la retirada de Rusia de la Grande Armée de Napoleón y la fuga de la metrópoli parisina de sus habitantes ante la acometida de los alemanes en 1940, contada con todo lujo de detalles por escritores varios, entre ellos Jean-Paul Sartre que los vio correr *con la muerte en el alma*, pero sin que nos llegue a contar, por ejemplo, de esa otra fuga en soledad, las maletas como baldón, los balcones desde las que se desfila el escarnio como ponzoña, la mañana o la tarde o la noche siempre frías en las que se alza el pie y se accede al estribo del tren, una huida en donde se van dejando todo tipo de afectos, de sensaciones y percepciones, de recuerdos que seguirán amordazados entre otras cosas porque nadie los oír, la fuga en solitario que es también fuga en masa porque son unidades desclavadas del corpus general pero que siguen la tendencia dominante de toda masa en fuga, *la intensidad de su dirección* de la que habla Canetti, uno y otro y otro corpúsculo de esa muchedumbre en fuga, el abandono de todo lo que fue nuestro y sigue siendo nuestro con más propiedad que lo será nunca de los despojadores, emigrando hacia la paz y hacia el hambre, hambre de paz y quién sabe si hasta de materias que la bilis no encuentra para molturar, hambre y sed de justicia

que nunca se hallará que el mundo es hórrido jardín lleno de víboras y los corpúsculos de esta masa que se formará van encontrándose en el camino, *criaturas muy curiosos y opuestas* —escribe Canetti— *que jamás se han juntado, aquí, de pronto, pueden hallarse reunidas*, pueden hallarse en los espacios donde los soles y las lluvias y las estrellas y las lunas que iluminan los cadáveres en flor, días y noches de ácidos pensamientos, son otros, pertenecen a las galaxias de los exiliados, imágenes y velocidades distintas en el panorama visual de Canetti, imágenes abigarradas de jóvenes, viejos, fuertes y débiles, que este movimiento, esta marcha hacia el exilio puede encajonarse hacia el climax, que es cuando surge el pánico y el uno que es uno empieza a codearse primero y a enfrentarse después con los otros, una lucha en el seno de la misma masa como una explosión de átomos, el ejército de fugitivos que son, siempre, los grandes perdedores van soltando piezas por el camino y hará falta el líder que les dé cohesión, la sombra de los brazos de Moisés extendidos hacia lo alto no pueden reparar sin embargo en los pétalos de la rosa de la huida que se van quedando en los arenales donde ya no habrá maná que valga en los amaneceres de rocíos cencidos, la virginidad sobre las arenas y sobre los adoquines de las calles que ya nunca serán nuestras puesto que se vivirá en perpetua memoria de aquéllas que dejamos atrás en nuestra huida. Dice Canetti que *el fin natural de la fuga es alcanzar la meta. Cuando consigue una nueva seguridad la masa vuelve a disolverse. Pero el peligro también puede ser abolido en su fuente. Se declara en armisticio, y la ciudad de la que se huía deja de estar amenazada. Se vuelve de uno en uno, aunque se huyó en grupo, y todo vuelve a estar tan separado como lo estuvo antes, que sería el momento, ahora, mientras esto escribo, de contar la historia de Itzik, el vendedor ambulante polaco del que habla Arthur Miller en Focus, la trampa del barón en las chozas de los campesinos con paredes empapeladas con cientos de billetes de mil coronas, la visión de una imagen en flash back de los campesinos dando muerte a los capataces, el program abriendo su boca de lobo y sus colmillos agudos sobre la ahora despierta sensibilidad de Itzik que empieza a ver que su salvación está únicamente en la huida, que deja sus mercancías a los campesinos mientras desclava los billetes y se va a casa y dijo sus oraciones y durmió hasta que oyó la galopada de los cascos de los caballos y salió corriendo de su casa y advirtió a los vecinos de lo que estaba a punto de sobrevenir, pocos minutos antes de que la caballería entrara en la aldea y comenzara a destruir las casas de los judíos, gritos de mujeres, violaciones en el mismo umbral de sus hogares, los soldados ensartando a sus hijos con las bayonetas y des-tripándolos como a cerdos, violando a su esposa una*

y otra y otra vez y dejándole a él como muerto que a pesar de todo vio al barón apoderándose de la bolsa y alejándose de esa tierra de muerte, de gentes que iban enterrando a los suyos y él se puso a caminar hacia no sabía dónde, con la locura instalada en su cabeza, cientos de kilómetros en su ruta de vendedor sin carro ahora, sin esperanza ahora, sin ambición ahora y vuelta a la aldea para morir. De una tercera posibilidad, como de un insumirse de la fuga en la arena, escribe también Canetti: *La meta está demasiado lejana, el medio es hostil, la gente pasa hambre, se debilita y se cansa. En lugar de unos pocos son cientos y miles los que quedan tendidos. Esta descomposición física comienza muy poco a poco, y el movimiento original se mantiene durante un tiempo infinitamente superior. Los hombres se arrastran todavía cuando ya se ha esfumado toda posibilidad de salvación. De todas las variantes de la masa la más tenaz es la de fuga; en ella, los últimos componentes permanecen juntos hasta el momento final.* La esperanza, que se dice que es virtud teologal, puede residir, lo dice Canetti, en las

masas de inversión. Madame Jullien escribe una carta a su hijo durante la revolución francesa, donde le dice: *los lobos siempre se han comido a los corderos; esta vez, ¿se comerán los corderos a los lobos?* La Fontaine ha sabido siempre, sin embargo, que la razón del fuerte ha sido siempre la mejor razón, aunque... quién sabe.

La ecuación hombre-maleta ofrece variaciones para todos los gustos. Hace muchos años, no me acuerdo cuántos ni me importa saberlo, Oarso dio cuenta, con profusión de detalles, como una prueba sociológica de evidente interés, de una de esas variantes, la del hombre con su maleta de madera, el hambre en las tripas, la esperanza en el alma, la ambición en los ojos, las fuerzas en las manos, llegando a la estación, buscando una pensión, una habitación con derecho a cocina. Al cabo de los años, el hombre de la maleta ha cambiado de fisonomía, ha cambiado de dirección. Y de símbolo y de significado. Acaso está pidiendo a Oarso que se hable de él, quién sabe.

